Hinchado, sobradamente epopéyico casi siempre, Víctor Hugo es, no obstante, un paisajista de primer orden; y en los *Los trabajadores del mar* hay pasajes que se graban tan enérgicamente en la memoria como muchos pasajes del sobrio, robusto, preciso cantor de la *Odisea*.

Ya podéis figuraros que en mi lectura he ido derechamente á buscar cuatro de los libros de la novela: los que se titulan *El escollo, El trabajo, La lucha* y *El doble fondo del obstáculo*, es decir, todos los de la segunda parte. A los lectores de tierra adentro y á los que pasan por las costas sin ver en ellas la Naturaleza, podrá parecerles fantasía todo lo que allí dice Víctor Hugo. Yo os puedo afirmar, bajo mi palabra honrada de observador, que salvo una parte, la que á la acción, sobrado *heroica*, de Gilliat, se refiere, lo que allí se cuenta no puede contarlo sino quien haya visto minuciosamente, detenidamente, con ojos de poeta, sin duda, pero también con ojos que retratan fielmente la realidad, las mareas, los escollos, las tempestades, las calmas, los atardeceres, la fauna y la flora de los mares atormentados como el que bulle alrededor de las islas normandas. Libro en mano, he vuelto, hace pocos días, en las horas de las grandes bajamares, á recorrer las rocas de mi costa, á saltar sobre la cima astillada de los islotes que la marea alta cubre y oculta á nuestra vista; y el mundo de Gilliat ha reaparecido ante mí, haciéndome comprender mejor que nunca aquella alma de poeta, que supo estremecerse con la divina emoción, lo mismo ante las grandes luchas de los hombres que ante las obras y las agitaciones de la Naturaleza.

Lecturas italianas

En España se leen pocos libros italianos (me refiero á la masa común de lectores), y es lástima que así suceda, no sólo porque en Italia se produce mucho bueno original, sino también porque se traduce casi todo lo notable de las literaturas que más difícilmente llegan á nosotros. Esto lo saben bien algunos de nuestros editores, para quienes la diligencia de los italianos ahorra la utilización de los originales alemanes y rusos, *que se pagan más*.

Pero el comercio intelectual de Italia no se reduce á la transformación en habla común de los novelistas, dramaturgos, poetas, etc., de otros países, sino que se extiende á todos los ramos del saber. Puede decirse que el principal órgano de comunicación entre los escritores científicos de Alemania y el público latino, lo representan los traductores italianos, y esto ya desde fecha remota en el siglo XIX. Hoy día, rara es la semana en que no ostentan las librerías de Turín, Florencia, Milán y Roma, algún libro tudesco reciente, vertido en el habla de Leopardi y Manzoni, y eso que la mayoría de los hombres cultos de la península

sabe alemán. En el profesorado es lo corriente, y el Congreso de ciencias históricas celebrado en Roma en 1903, ha dado de ello una espléndida confirmación.

En libros de vulgarización, los italianos ofrecen verdaderos modelos. Sus textos escolares suelen ser excelentes, y en sus bibliotecas de *Manuales* (Hœpli, Barberá) hay obras de extraordinario mérito, cuya traducción al castellano es de desear.

Todo esto aparte—y ya es mucho—, en los libros de empeño y en las revistas, los españoles habrían de encontrar no sólo elementos generales de estudio, sino muy frecuentemente, también, temas íntimamente relacionados con la historia patria. Citaré á este propósito una revista napolitana, *Napoli Nobilissima,* que en casi todos sus números trae algo referente á la época de nuestra dominación ó á las relaciones militares, literarias, artísticas, etc., de Italia y España. Los grabados de esta publicación forman por sí solos un rico álbum arqueológico de recuerdos españoles, que contiene ejemplares completamente nuevos, y no pocos de gran importancia.

Entre los más recientes, figura una hermosísima reproducción de cierta tabla del siglo XV, existente en el Palacio Strozzi de Florencia y representativa de la ciudad de Nápoles en 1479, en el momento de verificar su entrada, por mar, Lorenzo de Médicis. Larga fila de galeras napolitanas, que enarbolan la bandera aragonesa, escoltan la que conduce al príncipe florentino, próxima al desembarcadero del Molo, al final de cuyo muelle se alza el magnífico Castelnuovo, erigido por Alfonso V. A un lado y otro de este punto central se extienden las construcciones militares, civiles y

religiosas con que hermosearon y engrandecieron la ciudad los príncipes aragoneses y las colonias de nobles que, de todas partes de nuestra península, fueron á henchir la corte del rey Magnánimo.

Por el muelle avanzan, precedidos de pajes, el segundogénito del rey Fernando, Federico de Aragón—amigo particular de Lorenzo de Médicis, desde 1465—, y su sobrino el príncipe de Capua. Ambos vienen, en nombre del soberano, á recibir al egregio huésped, que se alojará en casa del gobernador del Castelnuovo, Pascasio Díaz Garlón, conde de Alife. Llega el de Médicis con propósitos de paz. En la guerra que le han movido el rey *Ferrante* y el papa Sixto IV, la fortuna le ha vuelto la espalda y necesita lograr una avenencia. En Nápoles permanecerá casi tres meses y la paz quedará firmada.

La publicación de esta pintura y sus comentarios se debe á un hispanista ilustre, Benedetto Croce, conocidísimo ya entre nosotros por sus estudios de historia española general y literaria, y también por sus libros de historiografía, de estética y de crítica del marxismo. El hallazgo de la tabla en la colección de Strozzi, fué hecho por el erudito C. Ricci, quien, juntamente con G. Cagnola, se dedica, hace algunos años, á rebuscar en los museos y en las colecciones de dibujos y grabados, vistas antiguas de ciudades italianas. Ampliada la búsqueda á otros particulares, tiempo ha que constituye también para mí una de las tareas más gratas con relación á la historia española. Y por cierto que en Italia la cosecha podría ser abundantísima. Lo que he dicho antes de los grabados de la revista napolitana, es buena muestra de ello; pero no es Nápoles la única ciudad donde

la pintura y la escultura guardan recuerdos españoles. Apenas se entra en la Península por el NO., empiezan los monumentos aprovechables. Conocido es el fresco del palacio municipal de Génova, que representa la recepción de don Juan de Austria por el Dogo Grimaldi, en 1574. Como éste, cien más. Sólo hace falta que alguno de nuestros artistas—que á más de tal *sienta* un poco la historia—se dedique, á medida de sus paseos por Italia, á catalogar ó reproducir (ó simplemente á coleccionar reproducciones ya hechas) todos esos restos gráficos de nuestras relaciones con el pueblo de Dante y Leonardo de Vinci.

***

¿Quién lee hoy el *Orlando Furioso?* Y sin embargo, es de los libros *viejos* que deben remozarse, con seguridad de hallar en él grandes fruiciones artísticas. Como es natural, los italianos cultivan con amor los estudios referentes al ilustre poeta, y recientemente, un patriota entusiasta, el señor José Cavalieri de Ferrara, bibliófilo de los más autorizados y poseedor de una de las primeras bibliotecas privadas de Italia, ha comprado parte considerable del archivo de la casa Ariosto, que por azares varios había ido á parar á Alemania. Con este motivo, la *Rivista delle Bibliotheche e degli Archivi* publica un artículo en que se analizan los documentos recuperados, y lo ilustra con cuatro retratos de Ariosto sumamente interesantes. El más conocido de ellos es el que se atribuye á Palma el Viejo, conservado hoy en la *National Gallery,* de Londres. Impresiona más, sin embargo, la fisonomía algo dura, pero muy expresiva,

del anónimo que posee la familia Podestá, de Sarzana, que parece ser documento psicológico mucho más perfecto. El pintado por Tiziano, hoy en poder de lord Darnley, es algo teatral; pero como obra de arte, ocioso es decir que exquisito. En todos ellos, la mirada del poeta es la misma y constituye el mejor comentario *interno* á sus obras.

Leonardo de Vinci

y el ideal de la vida

Una reciente novela de Merejskowsky, *La resurrección de los dioses* (1), ha hecho que el gran público se fije (y aun diré *se entere*, pues para muchos habrá sido una revelación), en la colosal figura de Leonardo de Vinci, uno de los hombres que mejor representan el complejísimo fenómeno de la historia europea llamado Renacimiento. Ya es cosa perfectamente averiguada que este nombre, entendido como suele entenderlo la mayoría, es inexacto; porque la restauración de la cultura clásica (griega y latina) no fué, en aquel bullir grandioso de los espíritus, más que uno de los factores y de los objetos, y no el esencial, sin duda. El estudio de la vida y de las obras de Leonardo de Vinci ofrece de esto una prueba completísima.

En el mundo erudito no es de hoy el interés por el gran artista y científico italiano que cierra la Edad Media y abre gloriosamente la moderna (1452-1517). La literatura *leonardesca* es ya numerosa, y todos los días se enriquece con algún valioso aumento. Los italianos han emprendido una

(1) Publicada por esta Casa Editorial.

edición monumental del *Códice Atlántico* y en el Congreso de ciencias históricas celebrado en la Ciudad Eterna, una de las preocupaciones de la sección IV (Arqueología é historia del arte) fué recomendar la adopción de nuevas reglas para publicar las obras de Vinci y la preferencia que debe darse á las que aun se conservan inéditas.

En esa complejidad de los hombres del Renacimiento, á que antes aludía, reside el título mayor que Vinci tiene á ser, como Homero, como Shakespeare, como Goethe, un espíritu cuyas producciones pueden interesar á las diversas clases de lectores que existen en el mundo, desde los especialistas hasta los que buscan tan sólo, en las obras de la inteligencia, solaz y emociones de orden estético. Dejando aparte sus cuadros—cuya contemplación y goce es accesible á todo el que posea mediana afición y cultura—, en sus escritos han de hallar, las almas que vibran á impulsos de la poesía y el arte, ocasión de altos deleites y motivo para grandes divagaciones ideales.

Un ejemplo bien elocuente de esto que decimos, nos lo da Arturo Farinelli, en su reciente trabajo sobre *El sentimiento y el concepto de la Naturaleza en Leonardo de Vinci*, publicado en la Miscelánea de estudios críticos que han dedicado al ilustre Arturo Graf algunos de sus discípulos y admiradores. Farinelli, á quien ya va conociendo en España el gran público, es también un caso raro y admirable de enciclopedismo, de ese enciclopedismo contra el cual se revuelve ahora la cortedad de criterio de los que pretenden que los hombres valdrán más y trabajarán mejor cuanto menos sepan y más estrecho ideal vislumbren. Farinelli no es sólo un erudito, de los que estudian siempre las cosas en las fuentes originales,

sin agarrarse á la cómoda guía de un Sainte-Beuve ú otro crítico por el estilo, sino también, y quizá antes que todo, es un artista: dibujante, músico y poeta, con cultura bastante para hablar de esas tres cosas y corazón hecho para sentirlas y penetrarlas á fondo. El estudio á que ahora me refiero, lo demuestra cumplidamente. En él, Farinelli, aparte de desentrañar la doctrina naturalista de Vinci, ve y discute los problemas de sentimiento y de conducta que á cada paso suscitan las ideas de Leonardo y que, por referirse á elementos eternos del vivir, son, ahora como siempre, palpitantes, y ligan la atención del hombre moderno á la restauración, que algunos llamarán arqueológica, del pensamiento de un antiguo.

Uno de esos problemas es el del ideal del reposo en el campo. Los contemporáneos de Vinci creían en él y eran capaces de gozar con los espectáculos de la Naturaleza, como los más profundos de nuestros *naturalistas* modernos. «Con verdadera voluptuosidad, Poliziano (1454-1494) gusta el placer de la vida dulce, segura, alejada de los negocios, en las selvas», *alla frescura delli verdi arbuscelli;* siente el hálito vivificador de la Naturaleza. Al igual de Poliziano, otros muchos; mientras que en Miguel Angel parece repetirse, vívida, aquella sentencia que Platón pone en boca de Sócrates: «Los campos y los árboles nada tienen que yo pueda aprender, y no puedo hacer progresos más que en la ciudad, en la sociedad de los hombres.»

Leonardo amó la Naturaleza y supo verla como fuente de apacibles goces. Farinelli protesta de que se califique ese amor de puramente intelectual, sin que en él tomase parte alguna el corazón. «Por bajo de la labor de pensamiento que

indaga las leyes, los efectos, los fenómenos de la Naturaleza, hay que ver á menudo el placer ingenuo, el goce espontáneo, incondicionado; hay que sentir el palpitar de su corazón de artista.» Leonardo piensa en retirarse al campo, «para mejor especular las formas de las cosas naturales». Aunque los afanes de la vida le hacen ir á las ciudades, sabe estar en ellas aislado («como en su viñedo más allá de la puerta Vercellina») con el mundo de sus ideas. Quisiera él que se evitasen las aglomeraciones urbanas, y cree que al artista (la flor de la humanidad en su concepto) le conviene «el aislamiento, la máxima concentración posible». La soledad—dice—«es la nodriza del ingenio».

Pero en Vinci, ese amor á la soledad y al comercio íntimo con la Naturaleza, no degeneró nunca en sentimentalismo. No es un desengañado del vivir, un pesimista, un amargado romántico, como Byron. «Leonardo pone en todo un pensamiento de vida, vivifica la misma muerte en los escritos científicos; y de haberla representado en sus cuadros, hubiese sido bella y serena como en los mármoles helénicos, dulce como en las rimas del Petrarca.» Hay en él esa suprema resignación á las amarguras naturales de la vida, que vino á destrozar luego el romanticismo, que por algo tuvo añoranzas medioevales. Como Renán, «halló tolerable y serena la vida, digna de ser vivida», que es como la hallan los que más derecho tendrían á quejarse de ella, los pobres, los que sufren hambre y sed del cuerpo y de justicia. Es curioso fenómeno que sean los intelectuales quienes más reniegan del vivir, cuando, por lo común, ó no hallan verdaderas dificultades en su existencia, ó si las hallan son muy inferiores á las que cons-

tantemente llenan de abrojos el camino de los desheredados. Quizá responde esto á que los dolores morales, los dolores de la inteligencia, son más insufribles que los relativos á las necesidades físicas; pero el hecho es exacto, y en él debieran fijarse los sentimentales para reducir á justos límites sus jeremíadas.

Para ellos, la lectura de Leonardo de Vinci puede ser de gran efecto educativo. Farinelli lo dice muy bien al final de su estudio: «Aun á quien, por las desventuras padecidas, el obstinado y temerario aventurarse en el mar del infinito, que no tiene por parte alguna horizonte, y la consideración impaciente del mísero destino humano—el fardo doloroso que á cada cual toca, las aflicciones reales á que por necesidad debemos someternos—, se inclina, doblado el cuerpo, á una concepción fatalmente pesimista de la vida, la obra y el pensamiento de Leonardo pueden quitarle algunos afanes: pueden enseñarle, cuando menos, á refrenar los deseos lacerantes é impotentes; á no extraviar la razón vagando por las eternas tinieblas; á retener, como felicidad única, nada difícil de conseguir, la actividad constante y tenaz en la esfera que Natura le ha señalado, sin atormentarse por excederla. Si de alguna parte puede venir una luz á nuestro caminar errabundo, vendrá del trabajo asiduo, no de la resignación indolente y supina.»

Miguel Angel, poeta

En el artículo anterior he hablado de Leonardo de Vinci, aquel coloso representante del enciclopedismo de los renacientes. Su nombre me hizo recordar otro, no menos ilustre, más conocido del vulgo, pero incompletamente conocido. Me refiero á Miguel Angel, arquitecto, escultor, pintor, cuyas obras, con todas sus imperfecciones, serán siempre el asombro de técnicos y profanos. Los eruditos—quizá no todos—saben que Miguel Angel fué también poeta; pero hasta ahora no le han dado en el Parnaso del siglo XVI el puesto que legítimamente le corresponde, sino que le han confundido con la turbamulta de rimadores de segunda fila de aquel tiempo. Contra este error, que es juntamente una injusticia, reacciona Farinelli (á quien ya hube de nombrar, á propósito de Vinci) en un penetrante estudio titulado del mismo modo que este artículo.

Para Farinelli, Miguel Angel fué, de todos los poetas del siglo XVI, el que, con Tasso y Tansillo, tuvo «más ideas en la cabeza y más sinceros y profundos sentimientos en el corazón». Su gran espíritu «inquieto, tumultuoso, continuamente